

toda ruta, al noble palacio-templo erigido por Luis XIV en honor al valor y la religión. Allí se hallan los inválidos rodeados de todo el aparato militar que les recuerda sus campañas: una explanada que no parece sino un campo de maniobras, por lo vasta; fosos que rodean su palacio-fortaleza; cañones cogidos al enemigo; trofeos y armaduras por doquier, y sobre la inmensa cúpula dorada, la Cruz de la redención, «como para recordarles, ha dicho un escritor, que otro capitán pasará la revista de sus almas, y prepararles á la gran etapa que conduce al gran cuartel general de la muerte».

Ya no tenían por qué permanecer por más tiempo en París las multitudes que habían acudido desde los más apartados lugares de Francia. Ya habían contemplado el féretro dentro del cual se contenían los despojos del hombre ilustre que había llevado de victoria en victoria á sus ejércitos desde el Atlántico á Siria, desde las Pirámides á la frígida Escandinavia.

Veinticinco años habían transcurrido desde el día en que tuviera que dar el último adiós á las costas francesas, á bordo del *Northumberland*, para soportar los rigores y humillaciones de innoble cautividad bajo el poder de Hudson Lowe. No había podido resistir el titán aquellas desesperantes ataduras al calcinado peñasco de Santa Elena, y moría el 5 de Mayo de 1821, amargado, desamparado por los suyos y traicionado por su esposa, la archiduquesa María Luisa.

Durante aquellos veinticinco años, Francia había experimentado la añoranza de la gloria, sin que hasta aquella fecha el pueblo hubiese sentido ningún interés ni aun por la guerra de Africa, que, en cambio, constituía para Luis Felipe, según su propia expresión, «su palco de la Opera», esto es, su distracción.

A pesar de lo que podía significar en favor del régimen imperial, la monarquía de Julio había tomado la iniciativa de la restitución de los restos de Napoleón I á la patria francesa, perfectamente convencida de que el hecho no entrañaba peligro alguno. El culto á Napoleón era exclusivamente *popular*, y el pueblo no contaba con medios para hacer una revolución; la influyentísima clase media era orleanista; la aristocracia, legitimista; el ejército, como siempre, permanecía ajeno á las luchas políticas. Harto se vió la impotencia del napoleonismo militante en la ridícula intentona del príncipe Luis Napoleón,

hijo del ex rey de Holanda, Luis Bonaparte, tan desdichadamente fracasada en Agosto anterior. Unos cuantos soldados y guardias nacionales bastaron para desbaratar el plan de aquel iluso, que cayó prisionero en Boloña y fué luego encerrado en el fuerte de Ham.

Aquella imponderable manifestación de entusiasmo hacia el recuerdo del gran emperador, no se dirigió, pues, al fundador de una dinastía, sino al héroe que tan gloriosamente había encarnado el sentimiento de la dignidad nacional; no se tenía en cuenta para nada la idea de una restauración napoleónica, y en la delirante apoteosis del 15 de Diciembre no hubo un recuerdo para el prisionero de Ham.

En cambio, no podía llegar á mayores términos la exaltación patriótica contra el extranjero. Habíase concluido un acuerdo entre Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia para el arreglo de la cuestión de Oriente, sin contar con Francia, y el hecho había despertado la mayor indignación. Dirigíanse las más violentas amenazas á las naciones que de tal manera habían humillado á Francia; hablábase de recobrar la antigua frontera del Este, y como un poeta alemán compusiera una canción en defensa de su patria, contestó Alfredo de Musset con su famosa réplica de: «Vuestro Rhin alemán lo hemos tenido nosotros.»

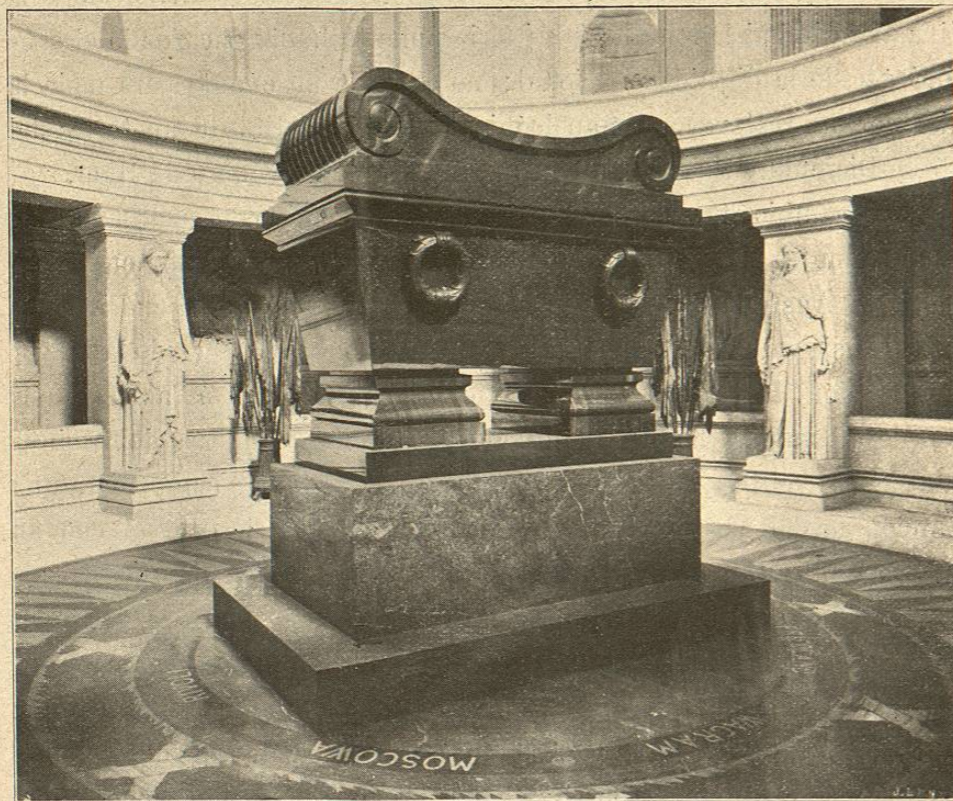
De ahí aquel inmenso entusiasmo popular al comparar tiempos con tiempos, y de ahí aquella violenta explosión de belicosos sentimientos, olvidado el país de la guerra de Africa y anheloso en cambio de tomar el desquite de Waterloo. Fué, á la verdad, uno de los momentos más críticos para la paz de Europa, desde hacía muchos años.

* * *

Bajo la cúpula de los Inválidos, que con su linterna y la flecha en que está la cruz se eleva á 108 metros de altura, yace Napoleón, en una cripta subterránea visitada sin cesar con religioso respeto por innumerables gentes.

En una plataforma á la que se asciende por diez peldaños, rodeados de una balaustrada de mármol blanco y negro, levántase un altar cubierto por un palio, sostenido por doce columnas de lo mismo. Una puerta de bronce conduce por debajo del altar á una cripta circular, abierta seis metros bajo el suelo.

En el centro de esta cripta, y sobre un zócalo de mármol verde, descansa un sarcófago de granito rojo de Finlandia, piedra durísima y capaz como ninguna de desafiar la acción del tiempo. A los pies del sarcófago se extiende un riquísimo pavimento de mosaico que representa una inmensa corona de laurel, donde, en medio de resplande-



La tumba de Napoleón en la cripta de la iglesia de los Inválidos.

cientes rayos, refulgen los nombres gloriosos de Rivoli, Las Pirámides, Marengo, Austerlitz, Jena, Friedland, Wagram y Moscowa.

Alrededor de la cripta se desarrolla un pórtico circular con pilas-tras y bajorrelieves de mármol blanco; adosadas á las primeras hay sendos Genios y Victorias esculpidos por Pradier, mientras los bajos relieves representan figuras alegóricas de las principales instituciones del Imperio.

Entre los bajorrelieves hay una abertura practicable que conduce á otro hipogeo, donde, sobre un almohadón de terciopelo rojo con flecos de oro, reposa una caja en que están depositadas la espada de Aus-

terlitz, las condecoraciones é insignias que decoraban su pecho en los días de gran gala, la corona votiva de oro de la ciudad de Cherburgo y sesenta banderas cogidas al enemigo, que una mano patriótica pudo salvar de que cayesen en poder de los aliados al entrar éstos en París el año 1814.

Y como guardia de honor, rodean la cripta, en otros subterráneos, los cadáveres de cuarenta mariscales y generales franceses.

Allí, en aquel imponente lugar, descansan los restos del que por espacio de veinte años tuvo sujeto el mundo á su voluntad, para acabar en el destierro en medio de las soledades del Atlántico. Allí yace, custodiado por los valientes que han derramado su sangre por la patria, y ante aquella cripta se estrellan las pasiones que pudiera concitar su recuerdo. Cuando, bajo el odioso reinado de la *Commune*, se procedió á la demolición de la columna de la plaza de Vendome, no se atrevió nadie á proponer la profanación del sepulcro napoleónico, salvándose así sus restos de la suerte corrida por los de tantos otros hombres ilustres, exhumados por el entusiasmo ó el furor popular y destruidos ó perdidos luego.

El tiempo ha hecho justicia á Napoleón I, que si ha tenido muchos émulos, hasta hoy no ha tenido par. Y no cabe decir que fracasara su obra; pudo dejar á Francia mutilada, pero, en cambio, infundió su espíritu al universo mundo, y tal vez la historia se ha desarrollado como la vemos desenvolverse ahora, por su acción única. Contemplemos de lejos el roble inmenso sin detenernos á examinar la vegetación parásita que lo cubre. Fué de veras grande, como bien pocos haya habido, y en cuanto á la misión que desempeñó en la tierra, digamos con el poeta del *Cinque Maggio*:

AI PÒSTERI L'ARDUA SENTENZA

FIN DE LA OBRA